

Z/ 13135 : 15, 717 (1926)

FRAY MOCHO



"VACACIONES"

Por H. MARTÍNEZ FERRER

N.º 717

19-1-1926.



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 19 de enero de 1926

Núm. 717



LA INTERVIEW

Por FERNANDO DACRÉ

—No precisa darme las gracias. Si le recibo a usted, y, en cambio, me he negado a hacerlo con la infinidad de periodistas que han llegado a mi puerta desde que me pusieron en libertad, es porque me conviene someterme a una "interview". Por tanto, puede empezar cuando guste.

—Hace ocho días—dijo el repórter que conversaba con su mejor, quizás con su único amigo, el señor Terfils. Solteros ambos, tenían ustedes iguales aficiones: el ocultismo, el hipnotismo... y se entregaban con frecuencia a misteriosos experimentos... A veces no estaban ustedes de acuerdo en ciertos puntos y entonces discutían acaloradamente...

—¡Bah!

—A la mañana siguiente a vuestra última entrevista, el criado encontró al señor Terfils muerto de una puñalada en el corazón. El cadáver estaba en este mismo salón y su actitud, sus ojos fuera de las órbitas, indicaban...

—No continúe. Conozco el hecho mejor que ustedes... El puñal fué reconocido de mi pertenencia. Era el que estaba allí, detrás de usted, en ese lugar vacío de la panoplia... El criado declaró que cuando se fué a acostar, el pobre Terfils y yo discutímos... Como es lógico, fuí arrestado. Mi sistema de defensa—esa arma ha pertenecido a un médium que le atribuía virtudes magnéticas—hizo sonreír al juez. Todos estaban contra mí. Hubo momentos en que me vi perdido. Por suerte, al examinar ayer el mango del puñal—cosa que antes no se les había ocurrido—vieron que las huellas dactiloscópicas no eran las mías, lo que demostraba mi inocencia. Ante esta prueba, me pusieron en libertad...

—¿No sospecha quién pueda ser el culpable?

El hombre comenzó a dar paseos, mascullando entre dientes:

—¡Si lo supiera!... ¡Oh!... ¡Si yo supiera quién es el culpable!...

Después, como si le acabara de ocurrir una idea, llamó a su sirvienta y la envió con un encargo al otro extremo de la ciudad. Y cuando el ruido de la puerta al cerrarse detrás de la sirvienta indicó que los dos hombres habían quedado solos en la casa, el viejo se acercó al repórter. Su rostro había sufrido tal cambio, que el visitante retrocedió en su silla. Sus ojos, de terrorífica fijeza, parecían los de la serpiente que se dispone a fascinar a un pájaro. Aunque no era cobarde, el periodista sintió en la garganta la angustia de algo desconocido, de algo terrible que iba a suceder en aquella habitación donde no había más que dos personas: él y el otro.

Después de mantener un instante su mirada magnética, con los dientes apretados, el misterioso anciano murmuró:

—No... No... No puedo... No puedo callarme... No debo guardar por más tiempo el terrible secreto... Está aquí, en mi garganta, y es preciso que salga. Es preciso que hable. Pero por el mundo lo hubiera hecho ante ese imbécil de juez... Lo que no le he

dicho a él, se lo diré a un periodista. No..., no me pregunte nada... Sí, yo..., yo le he matado... ¿Y por qué?... En un momento de arrebato, porque me contradecía con estúpida tenacidad respecto a una experiencia de hipnotismo de cuyo resultado estoy completamente seguro. Ahora que, si yo le he matado, no fuí yo quien le hirió: la prueba es que en el puñal no estaban las huellas de mis dedos... ¡Oh! ¡Qué habilidad la mía! ¡Ja! ¡Ja!... ¿Cómo? ¿No toma usted nota?

El periodista no pensaba en eso: una

especie de parálisis le dominaba; escalofríos mortales invadían su cuerpo al verse en presencia de aquel hombre que, fríamente, le hacía confesión de su crimen.

—Voy a contárselo todo, detalladamente, querido periodista. Así saldrá usted con la valija repleta de noticias. Vamos a reconstruir la escena del crimen. Usted será Terfils y yo..., yo seré... yo.

El repórter quiso levantarse, huir, pero sus músculos no le obedecían. La mirada de aquel hombre se hizo más pesada, más poderosa, más fija, y le

pareció que penetraba en su cerebro como un hierro candente. No pudo explicarse bien lo que le sucedía, pero, no obstante, adivinó que su terror no era debido a hallarse frente a un asesino, sino al presentimiento de lo que iba a ocurrir.

El hombre prosiguió:

—Aunque estaba furioso, yo no quería manchar mis manos de sangre. Pero deseaba castigar a aquel imbécil en forma que se convenciera de la eficacia del sistema que tan estúpidamente negaba. Y verá usted lo que hice.

Dió unos pasos magnéticos. Adquirieron sus ojos extraordinario brillo...

—¿Siente usted el efecto de mis pasos y de mi mirada?... Ahora no es usted más que una cosa en mis manos. Pues él estaba igual. Entonces le ordené que tomara mi puñal que estaba sobre la mesa..., lo mismo que le mando a usted que agarre uno de los de la panoplia. El se resistió, lo mismo que usted irá donde yo le ordene... ¡No lo dije?

Entonces el periodista comprendió: aquel hombre, dotado de un maravilloso poder de sugestión, le dominaba... ¿Y con qué objeto?... Era algo terrible, abominable, sentirse juguete de una voluntad desequilibrada y no poder resistirla. Con el terror de la desesperación, se vió el repórter abandonar su silla y dirigirse a la panoplia...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—reía el otro, cuyos ojos echaban llamas.—Ya lo ve. Terfils, lo mismo que otro cualquiera, no podía resistirse a mi mandato... Y luego le dije lo que le digo a usted ahora: ¡Hiérase con ese puñal! En el corazón... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y estalló en una risa furiosa, frenética.

El loco ejercía entonces sobre el periodista un poder casi divino, pues la mano de la víctima se levantó esgrimiendo el arma... Y el pobre joven, al comprender que sólo le quedaban unos instantes de vida, sintió sus ojos inundados de lágrimas.

—Mátate!—aulló impasible el loco.

La puerta se abrió con estrépito. La sirvienta apareció anhelante y gritando:

—Señor... Señor... Han encontrado al asesino... Era el criado del señor Terfils... Acaba de confesarlo todo...

El hombre retrocedió llevándose las manos a la frente... Sus ojos se separaron de los de su víctima, cesó el fluido magnético y el periodista, de dos brincos, se halló fuera de aquel tenebroso lugar.

Poco después, una celda del manicomio alojaba al desgraciado cuya inteligencia, perturbada por experimentos temerosos, no había podido resistir a una acusación.

Y a la mañana siguiente se agotó en pocos minutos la edición de *El Noticiero*, donde aparecía la "Interview trágica", relato que algunos hubiesen creído fantástico, si no tuviera su epílogo en una casa de locos.

Caricaturas de Sanguinetti



Ingeniero Rodolfo Santángelo, recientemente nombrado Director General de Puentes y Caminos.



En el misterio de la selva

Una cacería sensacional

De las cinco especies que existen de rinocerontes, dos viven en África y tres en Asia. De las tres especies asiáticas, dos, la india y la javanesa, son unicornias, y tienen un solo par de incisivos, anchos, en la mandíbula superior, dos colmillos, afilados y puntiagudos, en la inferior, y los huesos nasales largos, estrechos y terminados en punta.

El rinoceronte indio habita en el Terai, al pie del Himalaya, desde el Bután al Nepal. Frecuenta los pantanos y vive entre juncos y matorrales que alcanzan a veces alturas de seis metros.

A causa de la naturaleza del terreno que habita, el rinoceronte no puede ser cazado con grandes probabilidades de éxito, excepto con ayuda de elefantes, que no sólo emplean los cazadores como vehículos, sino también para batir las grandes espesuras donde se ocultan los rinocerontes, espantándolos hacia lugares en que están apostados los cazadores provistos de armas.

El rinoceronte de la India se alimenta, especialmente, de hierbas y cañas. Es un animal de hábitos solitarios, aunque a veces se encuentra a varios reunidos formando piara.

Los machos mayores de esta especie miden de 1.80 metros a 1.90 de altura, y son muy corpulentos. Los dos sexos están provistos de cuernos perfectamente desarrollados, aunque no suelen adquirir una longitud mayor de 40 centímetros.

El rinoceronte de Java casi mide la misma altura que la especie india. Habita en los confines más remotos de la parte oriental de Bengala, en el Sikkim-Terai, y en Aram, y también en la Birmania y la península Málaca, hasta Sumatra y Borneo.

La tercera especie de rinoceronte asiático, llamada de Sumatra, es la más pequeña de todas. Se halla provista de dos cuernos, y su piel, que es muy áspera, suele estar cubierta de pelo de color oscuro y muy largo. La altura media del rinoceronte de Sumatra es de 1.40 metros y la de las hembras de 1.20.

Las dos especies de rinocerontes que habitan el Continente Africano están provistas de dos cuernos, y carecen de incisivos. Las especies son de piel lisa y completamente desprovistas de pelo.

De las dos especies africanas, el rinoceronte blanco, o de boca cuadrada, es el más corpulento y el más raro.

Hasta hace una época relativamente moderna, este animal corpulento y de aspecto torpe, el mayor de todos los mamíferos terrestres después del elefante, se creía que habitaba sólo en las comarcas meridionales de África; hasta que en 1900 el capitán Gibbons mató una hembra en las inmediaciones del Alto Nilo, y envió a Inglaterra la piel, el cráneo y los cuernos del animal.

El capitán Harris, hablando del viaje que hizo en 1897 por el terreno de la Colonia del Transvaal, dice: "En el trayecto desde los vagones a una colina distante unos 800 metros, encontramos nada menos que cuarenta y dos rinocerontes de la especie blanca, y nos vimos obligados, en defensa propia, a matar doce. En una ocasión me vi sitiado en un matorral por tres de estos animales, y me costó no poco trabajo librarme de ellos."

Un rinoceronte blanco, perfectamente desarrollado, mide cerca de dos metros de altura; es muy corpulento y de

patas cortas y robustas. La cabeza es muy prolongada, y la boca cuadrada, como la del buey. Los cuernos anteriores de los machos, completamente desarrollados, pueden medir hasta cerca de 90 centímetros. El cuerno más largo de esta especie de rinoceronte es el que fué enviado a Inglaterra por el famoso cazador Gordon Cumming, y que mide 1.20 metros.

La segunda especie de los rinocerontes africanos es el llamado rinoceronte negro, o de labios prehensiles.

En el África del Sur el rinoceronte negro adquiere un desarrollo mayor que el de los países situados al norte. Al sur del Zambezi, los machos corpulentos de esta especie suelen tener 1.70 metros de altura, mientras que un macho adulto, medido por Mr. F. Jakson,

tento. Entonces es cuando los cazadores hallan la ocasión propicia para poner en práctica sus anhelos cinegéticos.

Así cuenta el ya aludido cazador Gordon Cumming una de estas cacerías: "El terreno de caza que se escoge es un sitio próximo a uno de los caminos frecuentados por los rinocerontes en sus éxodos. Forzoso es improvisar allí un estanque o charca, adonde acuden a beber o bañarse los rinocerontes.

Pues bien: allí se forma un corral, o espacio cercado, que suele medir unos 250 metros de largo por 100 de ancho.

¡Qué vida, qué movimiento se nota en el campo cuando se hacen los preparativos para la caza! Mientras unos indígenas levantan las chozas, otros, en gran número, abren agujeros en el suelo, plantan estacas sin cuento, rodean

los rinocerontes hacia la empalizada.

Los oejadores forman un ejército con sus jefes y subalternos que vigilan todos los movimientos; pues la torpeza o el descuido de pocos pueden esterilizar fácilmente el esfuerzo de los más. Los oejadores se van replegando como los brazos inmensos hasta rodear el corral.

Las noticias que teníamos por los partes comunicados por el jefe de los oejadores, era que tres piaras distintas de rinocerontes estaban por entre las humaredas y a corta distancia. Según los cálculos, eran, en total, unos 150 a 180 rinocerontes.

Había prohibición absoluta de hablar en voz alta y de hacer el menor ruido.

De repente, el silencio de las llanuras fué interrumpido por el grito de los centinelas, el redoble de los tambores y el estruendo de los disparos.

Eran los oejadores que obligaban a los rinocerontes a huir en dirección a la empalizada o corral.

Un instante después, el crujido de las ramas y el movimiento de los arbustos señaló la próxima irrupción de los rinocerontes. El guía de una de las piaras salió de entre unos matorrales y llegó hasta unos 20 metros de la abertura del corral, seguido de unos 50 rinocerontes.

Un esfuerzo más por parte de los oejadores y ya iban a penetrar en el corral, cuando de repente vimos volver grupas a los rinocerontes, y alejarse de la empalizada.

El jefe de los oejadores se acercó para explicarnos que un jabalí, con gran estrépito, había pasado por delante del rinoceronte guía, y excitados y ciegos por la carrera del jabalí habían vuelto rápidamente grupas. Siguiendo sus consejos debíamos aguardar la noche.

Al ponerse el sol, el espectáculo fué interesante. Los fuegos lucieron con toda viveza; alumbráronse millares de antorchas; comenzó el ruido y estrépito de los tambores y gritos de los indígenas, y los oejadores continuaron estrenando en sus mallas de fuego y humo a los rinocerontes, que al fin aparecieron y entraron en el corral.

Entonces ocurrió un espectáculo fantástico, extraño; todos los oejadores y cazadores, con antorchas en la mano, penetraron en la empalizada.

Los rinocerontes aprisionados, corrieron velozmente, procurando romper la empalizada; pero, envueltos por doquier por el fuego y por el humo de grandes hogueras y el resplandor de las antorchas, al fin, jadeantes y rendidos, se agruparon en el centro, llenos de terror, temblorosos y arrimados unos a otros.

Entonces se avivaron las fogatas para que lucieran hasta la salida del sol.

Los oejadores habían interceptado el paso a tres piaras; sólo una había penetrado en el corral, y las otras dos permanecían aún ocultas entre las sombras.

Se tomaron todas las medidas necesarias para que aquellas dos piaras no se escaparan. Por lo que atañe a los cazadores, nos retiramos a nuestras rústicas viviendas para descansar el resto de la noche.

Cuando vino el día nos apresuramos a visitar el corral. Los rinocerontes, rodeados por centenares de indígenas armados de palos y picas, permanecían inmóviles de estupor y de miedo.

Las otras dos piaras fueron también cazadas, realizándose con gran alborozo de todos, un espléndido festín.

PASIONARIA

En tu mansión señorial
modularé mis baladas,
para los príncipes y hadas
de tu ensueño divinal.

Y la música fontal,
con aguas no adormiladas,
dirá canciones amadas
en esa noche vernal.

Y al fin seré un decidor
de aquel cántico de amor
de las horas sin agravios;

pero tendré como premio,
por mi dolor de bohemio,
la salvación de tus labios...

Oscar Alberto IBAR.

en Naivasha, en el África Oriental, tenía sólo 1.52 metros de alto.

El rinoceronte es casi el único animal, excepción hecha del león, que puede penetrar en la maleza.

Como necesitan bañarse muy a menudo, no suelen alejarse de los terrenos pantanosos.

Su sueño es tan profundo, que los cazadores, adoptando algunas precauciones, pueden acercarse a ellos mientras están dormidos.

Las cantidades de alimento que necesita un rinoceronte son casi increíbles. En cantidad consume más de 35 kilos diarios de forraje.

Cuando las duras sequías agostan las hierbas de las praderas africanas donde suele habitar el rinoceronte, este animal se reúne en piaras para emigrar en éxodos lejanos hacia tierras más fértiles en que encontrar su sus-

el corral de una espesa, alta y fuerte empalizada, bien disimulada con arbustos y llamas.

La empalizada ha de estar construida de suerte que un hombre pueda entrar fácilmente dentro del corral. Una abertura que puede cerrarse da acceso al lugar cerrado.

Cuando la empalizada está terminada comienza entonces la misión de los oejadores. Centenares de hombres se extienden formando un semicírculo de muchas leguas, a fin de interceptar el paso a un número considerable de rinocerontes.

La marcha de los oejadores ha de ser paciente y llena de prudencia, a fin de ir lanzando las piaras hacia la corraliza.

En la caza que yo asistí había 1.400 oejadores. Estos emplean el fuego y el humo para formar y empujar a

